

PENDÁS GARCÍA, Benigno: *Las paradojas de la libertad. España, desde la Tercera de ABC*, Editorial Tecnos, Madrid, 2010, 512 pp.

DAVID DELGADO RAMOS (\*)

## I

La anglofilia —como casi todos los sanos vicios— tiene sus atávicas y adorables «manías». Manías que han ayudado a construir la moderna Europa desde el liberalismo militante de muchos hombres y mujeres admiradores del proceso político que llevó a construir en Inglaterra el más puro y eficaz modelo de democracia liberal. La más importante manía, sin duda alguna, es la pasión por la Libertad. Esa libertad por la que lucharon los revolucionarios ingleses del siglo XVII, deseosos de sustituir el absolutismo de los Estuardo por el parlamentarismo, cansados de que Carlos I desdeñase el poder de un Parlamento que gozaba de un papel cada vez más relevante.

Como buen jurista e historiador, pero sobre todo, como profundo admirador y conocedor de la vieja y pérfida —no por malvada sino por sabia— *Albión* desde su célebre tesis doctoral sobre Bentham, el profesor Pendás constituye un preclaro ejemplo de esa anglofilia maniática de los amantes del liberalismo. Una anglofilia y un liberalismo que, consciente de su éxito, ha tratado de exportar a nuestro país a través de las ventajas de la extrapolación —adaptándolo— de su modelo político, asumiendo no obstante, en todo momento, las limitaciones de nuestro país y nuestra Historia.

El resultado es este libro. Un libro extraordinario por cuanto permite, desde el certero y claro análisis de lo contingente, de lo cotidiano, mostrar lo que los británicos llaman una *overview* de la realidad política, social y cultural de nuestro país entre agosto de 1998 —fecha de su primera *Tercera*— hasta enero 2010 —fecha de la última recogida en el libro—. En total, una selección de ciento veintiséis de

---

(\*) Doctorando en Derecho Constitucional (UCM).

sus *Terceras* a lo largo de doce años en los que no sólo se centra en España, sino que, desde la óptica del viajero incansable que esquiva el análisis del mundo desde el tan habitual etnocentrismo antropológico, aporta interesantes matices a los siempre complejos análisis de las relaciones internacionales y la política internacional. Sin embargo, España es el epicentro y la preocupación fundamental del autor. España y sus convulsiones, una España a veces tan ininteligible que en ocasiones parece —tan sólo lo parece— querer hundirse. La historia de un país, en suma, anhelante de progreso social, económico y cultural en el largo camino hacia la plena modernización y la convergencia con Europa.

La lectura es fascinante por muchos motivos. El primero, porque desde el examen de lo cotidiano nos abre una ventana a la historia política y a la evolución del pensamiento político, pasando de su admirada y añorada Grecia clásica hasta sir Isaiah Berlin o Giovanni Sartori. El resultado es, pues, abrumador, porque tras la lectura de casi cualquier *Tercera*, se tiene la sensación de que, más allá de un agudo análisis, se ha asistido a una breve pero magistral lección de Historia de las Ideas utilizando como instrumento para el «repasso» de nuestra historia como civilización la observación de un acontecimiento político o social concreto.

El segundo motivo es la vigencia del análisis. Y esto en verdad resulta sorprendente. Sorprendente porque la lectura de las *Terceras* muestra cómo muchas veces «la historia se repite» y la sociedad española tropieza —como muchas veces en su larga y procelosa historia— dos veces en la misma piedra.

Sin embargo, lo más destacable del libro es el extraordinario sentido común que irradia. Ese «*nada común sentido común*» que dijese Voltaire, y que, por desgracia, no abunda en un tiempo y un lugar caracterizado por críticas enconadas, viscerales y poco reflexivas que en nada ayudan a la sana convivencia y al progreso de nuestro complicado país.

La formación como Letrado de las Cortes y Profesor Titular de Historia de las Ideas se percibe en todo momento, bagaje sin duda heredado no sólo de sus múltiples lecturas y su extensa labor docen-

te, sino también del magisterio de su maestro, don Dalmacio Negro y, sobre todo, de don Antonio Truyol y Serra y don Luis Díez del Corral, eximios juristas.

En conclusión, el libro, espléndido, de ágil lectura y rigor pese al ámbito periodístico en el que se inscribe, muestra, en cada texto, la disección de la sociedad española desde la prestigiosa ventana del centenario *ABC*. Un libro imprescindible para entender la evolución y los entresijos de una sociedad cada vez más compleja y moderna como la española, pero que aún arrastra pesados lastres en su funcionamiento interno.

## II

«*Las paradojas de la libertad*», su primera *Tercera*, fechada el 28 de agosto de 1998, y que da título al libro, nos permite adentrarnos sin riesgo en la que quizá sea la tesis más importante del autor: la «*confianza audaz en la libertad*» que señalase Pericles. Esa tesis, que no requiere de exégesis alguna, irradia toda la naturaleza del libro. En esta primera *Tercera* se descubre la que constituye una somera pero acertada definición de la libertad en el siempre convulso mundo contemporáneo al ser definida como «*la que defiende el último reducto de diversidad que singulariza a cada persona y nos hace obstinarnos en ser diferentes en cuanto nos dan la menor oportunidad para ello; la que proclama ese núcleo irrenunciable de la propia personalidad, haciendo de cada persona un ser irrepetible, y explica el horror que se produce cuando es tratada un bien fungible*».

El profesor Pendás, que no da puntada sin hilo, es consciente de la extraña crisis, mezcla de ignorancia e hipertrofia, que sufre la libertad en el mundo actual, caracterizado por una intransigente y voraz defensa de la misma desde una óptica puramente hedonista. Por ello, sostiene que «*bajo pretexto de su respeto como valor entendido, el pensamiento contemporáneo es ajeno a la libertad como arquetipo ético, e incluso estético, y muestra excesivo desinterés, cuando no abierto desprecio, por su vertiente política y jurídica*». Es la crisis de la libertad en la era «postmoderna». Una libertad sin compromisos

éticos ni políticos. Una libertad, por tanto, sin responsabilidad, acorde con una sociedad que reclama derechos y que desdeña deberes.

A causa de ello, en la sociedad se ha instalado una «paradoja de la libertad», porque, desde determinados ámbitos, se nos obliga a ser libres, sí, pero sólo de una determinada manera. No se nos permite ser lo que libremente y en conciencia queremos ser, sino sólo y exclusivamente, lo que nos «dejan» u obligan a ser esos «tiranos de la libertad». Tiranos que se han apropiado de la misma idea de libertad para convertirla, no en un amplio y flexible marco conceptual en el que caben todos los modelos siempre que sean respetuosos con el «otro» y su libertad, sino sólo y exclusivamente, «su» modelo de libertad. Unos tiranos, en definitiva, que se han adueñado de una idea plural para convertirla en una paradoja sostenida sobre la idea que señala el autor de que *«sólo somos libres cuando hacemos lo que debemos, a saber, admirar a estos minúsculos adoradores de la idea de progreso y consumir, en tiempo y en forma, sus ínfimos productos intelectuales»*. Por ello, siguiendo a los admirados y adorados griegos, es partidario de *«la libertad bajo el imperio de la ley, única forma digna de la vida verdaderamente humana»*.

Y de esta pasión por la libertad trae causa su pasión por el liberalismo. Siendo así que el liberalismo político y por ende, social, constituye el centro de su pensamiento político. Un liberalismo que concibe no sólo como un corpus ideológico y doctrinal, sino también como una actitud ante la vida que, por su intrínseca plasticidad, permite empatizar con la pluralidad de la naturaleza humana, fomentando así la convivencia desde el debate y el mutuo respeto entre los individuos que conforman las sociedades multiculturales contemporáneas.

Un liberalismo, pues, empático, heterodoxo y tolerante, abierto al compromiso y crítico desde el respetuoso disenso. Pero, sobre todo, un liberalismo que cree hoy más necesario que nunca, por ser el único que desde su centrismo y permanente reformismo, pero sobre todo, por su *«talante realista y moderado»*, es capaz, como señala el autor, de enlazar *«con la vida real de las sociedades de nuestro fin de siglo, ajenas, cuanto más sensatas, a dogmatismos con ínfulas y pretensiones de “modernidad” que se disfrazan de recetas*

*científicas*». Frente a sociedades a veces desnortadas, deseosas de soluciones y respuestas rápidas y fáciles a problemas complejos, se impone el sentido común, aquel que nos permite desde un sencillo y frío análisis, atisbar otro horizonte que nos aleje de la irracionalidad y nos acerque al pragmatismo realista.

España y sus problemas, la otra de sus grandes preocupaciones y desvelos, es observada con acerada, pero siempre sensata, crítica. Crítica por la incapacidad de cierta clase política española de asumir el pacto constitucional surgido de la Transición como el mejor y más eficaz instrumento de convivencia entre los españoles. Pero sobre todo, el más adecuado, porque asume la pluralidad desde una perspectiva integradora, no disgregadora, evitando con ello que los elementos idiosincrásicos se conviertan en un factor de confrontación social y política. Los nacionalismos, de un tiempo a esta parte y de una forma creciente, lejos de coadyuvar a mejorar la convivencia reforzando los pilares que sustentaron el pacto constitucional, han contribuido a una cierta falta de confianza en la vigencia de la Constitución, sembrando la falsa idea de su decadencia y la fecha de su caducidad. La Constitución, lejos de ser un instrumento centrípeto a favor de una idea de España «centralista», constituye uno de los más notables y logrados ejemplos de descentralización política y administrativa, hecho obviado, sin embargo, por quienes la atacan para socavarla.

Ataques, por cierto, sufridos por parte de sujetos muy diversos, pero que tienen en común su aversión a ese «pacto de convivencia» que los españoles, no sin dificultad y sin mutuas cesiones, conseguimos en darnos en 1978. Esos sujetos que atacan la Constitución, como señala el profesor Pendás, son el «defensor del Estado “moralizante”, que desea velar con tierna solicitud por el bienestar de sus agradecidos (y subvencionados) súbditos; ataca la Constitución el portador de la razón socioeconómica, adorador de la eficacia y enemigo implacable del Estado de Derecho, que se identifica a sí mismo con la idea de progreso y defiende muy en serio la peor de todas las falacias: que sólo somos libres cuando hacemos lo que debemos; desprecia la Constitución el jacobino implacable, nivelador perpetuo de las personas y de las cosas, que ama la geometría y odia la variedad, sea ésta social, cultural o sencillamente humana;

*pero aún, a la inversa, es la posición del “hombre masa”, capaz de convertir a su comunidad territorial en centro y eje supremo de su (más bien raquítica) actividad intelectual; por último, y en general, se opone a la Constitución un tipo ideal colectivo: a saber, nuestra sociedad poco y mal vertebrada, que precisa de muchos y enérgicos cuerpos intermedios para corregir esa tradicional hipervaloración, para el amor o para el odio, que siente el español hacia todo lo que suponga autoridad pública». Este diagnóstico sobre los «atacantes» de la Constitución, escrito también, en 1998, es igualmente válido doce años después, agravado incluso, mostrando la evidencia de que en nuestro país determinados fenómenos políticos se repiten en una suerte de círculo nada virtuoso que pretende pervertir recurrentemente la esencia misma de nuestro pacto constitucional con objetivos espurios y disgregadores.*

No obstante, en su análisis no le embarga la pesadumbre ni la desazón. Cree en la potencialidad de nuestro país y sus posibilidades. Una España que debe dejar de lado esa imagen frívola y de chanza que la rodea en el imaginario colectivo mundial para ofrecer, también y sobre todo, *«una imagen de eficacia, fiabilidad y compromiso no exenta de una dosis saludable de frialdad, de egoísmo racional y, si hace falta, de una austeridad antipática, compatible, cómo no, con la cortesía más exquisita y con los buenos modales».*

Pero por encima de todo, una España regida por los mejores, esa virtud liberal que desdeña la mediocridad y ensalza el mérito y la capacidad. Unos mejores, como define el autor, caracterizados por las virtudes del *«sentido de la responsabilidad; austeridad y pulcritud; rigor intelectual; elegancia en el lenguaje y decoro en el comportamiento; respeto y comprensión hacia los demás; fidelidad a las personas y a las convicciones; objetividad en el análisis de los problemas; sentido común y razón práctica para resolverlos; admiración crítica ante nuestra historia, incluyendo el disfrute del patrimonio cultural y la naturaleza. Siempre, y en todo caso, búsqueda de la excelencia, reconocimiento de la auctoritas, desprecio hacia la ostentación pretenciosa de la riqueza o el poder».* En suma, una cuestión de educación y excelencia, mucha excelencia. Lecciones necesarias en un mundo que se aleja paulatinamente de esa búsqueda de la excelencia en pro del éxito fácil y la gloria efí-

mera, que encumbra el dinero y el poder y desprecia la cultura del esfuerzo y el sacrificio.

Sin estos valores, en cualquier caso, la política y la democracia se pervierten, contribuyendo al cada vez mayor alejamiento de la clase política de la ciudadanía. Como afirma el autor citando a Sartori, de «*entre todas las formas de gobierno, la democracia es la que más depende de la inteligencia*». Y el fomento de esa «cultura de la inteligencia», imprescindible en una sociedad moderna deseosa de desarrollarse y prosperar, requiere de la implementación de una «cultura del sacrificio», en la convicción de que el viejo y sabio adagio latino «*ad astra per aspera*», constituye la síntesis perfecta de una realidad atemporal: nadie regala nada a nadie. Las sociedades posmodernas no son para los mediocres.

Sin embargo, es importante no llamarse a engaño con los políticos y la clase política. La meritocracia no está muy asentada entre ellos. Ciertamente, como señala el profesor Pendás al comienzo del libro, «*La política no es geometría*», por lo que no se puede pedir a nuestros políticos que sean como muchos de los antiguos griegos, maestros de la teoría política y eminentes geómetras y matemáticos, aunque sí sería deseable que lo fuesen. Si así fuera, el sentido común y la moderación harían a veces acto de presencia cuando del futuro del país y sus generaciones se tratase, ahorrando a los españoles muchos «experimentos» políticos rayanos en el delirio y carentes del más elemental sentido común. No obstante, la política es eso: variabilidad y cambio, no siempre razonable y sensato. La política no sigue reglas fijas e inmutables no sólo por su misma naturaleza, sino sobre todo, por los sujetos que forman parte de ella, que se mueven en la vorágine de lo cotidiano.

Es, en cualquier caso, la «*Vieja y eterna política, espejo de la vida, saber prudencial, impuro pero necesario*». Espejo a veces cóncavo, como aquellos que deformasen la figura de Max Estrella en *Lucas de Bohemia*. Esperemos —soñemos— que a pesar de que las apariencias lleven a pensar lo contrario, la política se convierta, como en tiempos de la clásica y admirada Grecia, en una actividad noble y pura, regida por una élite dirigente noble y pura, respetada por sus conciudadanos. Habrá ganado la democracia, pero por encima de todo habrá salido victoriosa la causa de la libertad.

## III

España y la Libertad, la Libertad y España, son las dos ideas que irradia este libro, las dos grandes «pasiones» del profesor Pendás, pasiones hacia las que se dirigen todas sus pulsiones intelectuales. Pasiones que afronta desde la serenidad que proporciona el análisis pragmático de la realidad.

Sin embargo, como señalábamos al principio, lo más destacable es sin duda el extraordinario —por infrecuente— sentido común que irradia el libro y las siempre prácticas —como no podría ser de otra manera viniendo de un liberal— lecciones que se pueden extraer. Lecciones que permitirían ahondar, si fuesen secundadas, en la resolución de muchos de los males que aquejan a nuestro país y que le impiden desarrollar toda su intrínseca potencialidad.

En conclusión, un libro espléndido y muy recomendable, que sabe combinar en la brevedad de una *Tercera* la agilidad y la ligereza del periodismo con la profundidad del análisis certero de un ensayo o de una magistral lección académica, revelando en cualquier caso una opinión muy clarificadora de los problemas que aquejan a la sociedad y la política española, europea o mundial.